

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

EL XXIV CONGRESO DEL PARTIDO COMUNISTA DE LA URSS

Aun con ese prurito de desorbitar las cosas que afecta con frecuencia los medios informativos, no se ha calificado de «histórico» el XXIV Congreso del Partido Comunista soviético, inaugurado en Moscú el 30 de marzo. Pero no cabe calificarlo de «rutinario», pese a su celebración prevista cada cuatro años, salvo en tiempos de Stalin, que no respetó un reglamento, de nuevo puesto en vigor en 1954. En efecto, este Congreso ha presentado el interés de ser una confirmación de los objetivos actuales de la política interior y exterior de la URSS, políticas interdependientes, como es lógico, tratándose de una estrategia global. Tal se desprende del discurso de inauguración pronunciado por Breznev ante unos 5.000 delegados de la URSS y aproximadamente 1.000 delegados sin voto de los Partidos Comunistas del mundo, excepto China Popular y Albania, que nada quieren con los «renegados revisionistas» o «social imperialistas» de Moscú, como dicen, contra los que han arremetido ferozmente días atrás partiendo de un extenso artículo publicado en *Bandera Roja* y *Diario del Pueblo*, de Pekín. En cambio, Vietnam del Norte, Corea del Norte y Japón, ausentes de la Conferencia de Partidos Comunistas de junio de 1969, habían enviado delegaciones. Su presencia en el XXIV Congreso ha sido una victoria de Moscú frente a sus detractores chinos y albaneses. Se ha señalado que el presidente Tito no encabezaba la delegación yugoslava. El hecho no merecía retener la atención, pues desde el final de la segunda guerra mundial Tito no ha asistido a ningún Congreso en Moscú.

Esa concentración de representantes de los partidos «hermanos» de todo el orbe ha podido fortalecer el propósito de la URSS de seguir siendo dirigente de la revolución preconizada por el marxismo-leninismo, lo cual es una de las causas de la enconada rivalidad chino-soviética, toda vez que China Popular se afana por tomar la dirección del movimiento revolucio-

nario a escala mundial. Sin embargo, aunque motivo de satisfacción, ese liderato, admitido por la casi totalidad de los Partidos Comunistas, subraya las contradicciones con que se enfrentan los dirigentes soviéticos. En efecto, la URSS está abocada a armonizar factores tan antagónicos como ser campeona de la revolución mundial y, a un tiempo, nación empeñada en conservar el imperio que se ha apañado al socaire de una ideología «antiimperialista» y propicia a los movimientos de «liberación nacional». De ahí que la URSS trate conjuntamente de entenderse con el mundo occidental, de ser jefe de fila en el campo socialista y de neutralizar a China Popular para contrarrestar su expansión revolucionaria. Estos objetivos han estado veladamente presentes en todo el Congreso y han aparecido en filigrana en el discurso de Breznev, que, en definitiva, ha sido una conciliación dialéctica de contradicciones resueltas a base de «coexistencia pacífica».

Por lo tanto, no es sorprendente que el contenido de su discurso tendiera a no cerrar puertas entreabiertas a buenas componendas, si bien no dejó de mencionar «la expansión sin precedente en el mundo» de los Estados Unidos, y con relación a una China Popular, «que se mantiene en su línea antisoviética», que Moscú no hará ninguna concesión susceptible de perjudicar los intereses nacionales, por lo cual rechaza «todas las pretensiones territoriales chinas», extremo éste que se compagina mal con las negociaciones fronterizas de Pekín. Vienen durando tanto, sin adelantar un paso ni interrumpirse, que acaso lo que con ellas persigue Moscú sea ganar tiempo hasta la muerte del anciano Mao Tse-tung, que podría modificar la postura de China. No obstante, ésta se vio halagada en el discurso de Breznev, ya que en la parte más importante, que fue la propuesta de reunión de las Potencias nucleares sobre el desarme, China quedó incluida entre los cinco Grandes invitados a deliberar. Excluyendo lo que de propagandístico puede tener la propuesta de reunión a cinco para el Desarme, sugiere que la URSS no abraza la certeza de que la negociación del SALT llegue a buen término. Mas como quiera que precisa reducir sus fabulosos gastos militares para fomentar esa expansión a la que apunta el Plan quinquenal presentado el 12 de enero, se impone salir del eventual atasco de la negociación del SALT y, de paso, poner a buena luz el pacifismo soviético. Un pacifismo que reclama el reconocimiento de las fronteras surgidas de la segunda guerra mundial que confirmaría un *statu quo* favorable a la URSS y que además no estorbaría las relaciones con cuantos Estados las desearan que ha preconizado Breznev. Naturalmente, éste eludió decir que, presionada por

los Estados Unidos y China Popular, y en pugna con sus contradicciones, la URSS necesita afianzar la paz exterior para conseguir la promoción económica que persigue el Plan quinquenal, cuyas directrices esenciales fueron presentadas en el largo informe leído por Kosyguin, que, con el discurso de Breznev, forma un todo coherente, aunque por sus entresijos aparezca la ambigüedad de la actitud de la URSS, dios Jano, una de cuyas caras es conservadora y nacionalista, y la otra de adalid de la revolución.

Por lo demás, ese Congreso no ha aportado sorpresas en cuanto a las orientaciones de la política soviética, o sea, su propósito de desarrollo económico estrechamente supeditado al relajamiento de las tensiones exteriores. Por consiguiente, huelga dudar de la buena voluntad de la URSS para poner término a los conflictos en curso, siempre que ello no exija concesiones que afecten en demasía su posición ideológica y lleven agua al molino chino. Breznev lo ha dicho claramente: «Se necesita la paz exterior para lograr la riqueza interior» e «incrementar el nivel de vida en forma sensible», como expusiera en tiempos Jrushev, pero sin conseguirlo debido al pesado fardo de los gastos militares y el esfuerzo espacial que agobia al pueblo soviético. Por ello, la *troika* que seguirá dirigiendo a la URSS pondrá todo en obra para mantener intacto su dominio ideológico —y, por vía de consecuencia, en parte territorial—, buscando a la par, por los varios senderos que brinda la «coexistencia pacífica», singularmente la Conferencia de Seguridad europea, el medio de que la nación soviética mejore su nivel de vida esquivando las empresas bélicas e incluso liberándose de la obligación de «disuadir» a los Estados Unidos, a costa de arruinarse, en tanto que los Estados Unidos, minando su economía, también se estiman obligados a «disuadir» a la URSS, cuando la realidad es que, ni por ensueño, los potenciales contrincantes consideran la eventualidad de atacarse directamente apelando a su capacidad nuclear.

LOS SUBMARINOS ALBANESES Y LA POLÍTICA EXTERIOR CHINA

Si una golondrina no hace la primavera, una miniflotilla de tres submarinos albaneses brujuleando por el Mediterráneo tampoco es elemento susceptible de modificar la situación estratégica existente en ese mar desde

1967. No obstante, tal vez no proceda menospreciar el acto de presencia que ese pequeño país hace junto a las superpotencias que pasean peligrosamente sus banderas por el Mediterráneo, ni estimarlo carente de significado en una coyuntura que apunta, al parecer, a una reconsideración de las relaciones chino-norteamericanas y a una solución del conflicto entre árabes e israelíes, lo cual originaría la reapertura del canal de Suez. Esta reapertura, tan deseada por los países europeos, para abastecerse de petróleo, del Pérsico, como por la URSS, para comunicarse con el Océano Indico, lo es menos por los Estados Unidos y en absoluto por China Popular. Sin embargo, será inevitable de llegarse a un acuerdo, aunque sea con la boca chica, entre Estados árabes e Israel.

Es evidente que las singladuras de esos submarinos, un tanto antiguos, que Albania retuvo en 1961 cuando la URSS hubo de abandonar su base naval albanesa, no representa un obstáculo diplomático y menos una amenaza o apoyo de orden militar. Pero su presencia en el Mediterráneo recalca la protesta por la intromisión de flotas foráneas que viene formulando la aliada y amiga de China Popular, de hecho, su cabeza de puente en Europa. Con todo, sería inexacto calificar a Albania de «satélite» de China Popular. Aunque la vinculación entre ambos países es incuestionable, singularmente en lo ideológico, sus relaciones muestran que el antecedente de la violenta ruptura de Albania con la URSS y el abandono del Pacto de Varsovia han aconsejado a Pekín andar con pies de plomo al tratar con Tirana, es decir, a extremar la tendencia china a actuar más por persuasión que por imposición. Toda precaución es poca para mantener un clima de cordial confianza con un país quisquilloso en cuanto a su libertad e independencia. Sometida durante casi cinco siglos a la dominación turca, víctima de duras pruebas durante la segunda guerra mundial, Albania se estimó amenazada en 1961 por un complot fomentado por «la Yugoslavia titista, Grecia, la OTAN y la VI Flota norteamericana», según declaró ante el IV Congreso del Partido Obrero su primer secretario y máximo dirigente, Enver Hodja. No mencionó a la URSS, aunque si peligro hubo entonces para la independencia albanesa procedía del propósito, más o menos maduro por Moscú, de reconciliarse con Yugoslavia a costa de dar a ésta libertad de acción para incrementar su federación con ese país, vecino de sólo un par de millones de habitantes. De ahí la violencia de la disputa, aparentemente ideológica, con la URSS, cuyo apoyo necesitaba Albania, como hasta 1948 necesitó el de Yugoslavia ese país europeo lindante en cuanto a desarrollo con el Tercer Mundo, pero que ha pro-

gresado notablemente en veinticinco años después de vencer grandes dificultades para iniciar su industrialización y explotación de sus riquezas en petróleo, hierro, níquel y cobre. El apoyo de China Popular ha sustituido los anteriores y con ella efectúa Albania el 70 por 100 de su comercio exterior. Por consiguiente, no sólo porque comparte idéntico criterio respecto a enfoque e interpretación del marxismo-leninismo, sino por razones más a ras de tierra, la pequeña Albania va por el mismo camino que la gran China Popular. Por ello, la clave de la reciente e insólita actividad marítima de Albania ha de buscarse tanto en Pekín como en Tirana.

No es preciso hacer conjeturas y cábalas para señalar el objetivo que persigue China y, con ella, Albania. El editorial que el pasado 1 de enero publicó la Prensa de Pekín facilita clara información sobre el particular. Al decir que «China ha de cumplir la misión que le ha encomendado la Historia», se impone que persigue el liderazgo de una revolución a escala mundial. Tratan de entorpecerla el imperialismo norteamericano y el social imperialismo o revisionismo soviético. Ahora bien: ese objetivo fundamental es a largo plazo. La estrategia china se afana en función del año 2000, cuando su economía funcione a pleno rendimiento, su potencia nuclear esté bien asentada, el mundo occidental minado por la subversión, la URSS en conflicto con sus satélites y el Tercer Mundo preparado para una acción de conjunto. En el entretanto, se trata de moverse para lograr objetivos secundarios. Uno de ellos es ocupar posiciones diplomáticas en Europa, lo mismo que la URSS. De ahí el retorno de embajadores a los puestos abandonados durante la Revolución Cultural, las relaciones establecidas con diversos países y que se negocian con otros. A un tiempo, Pekín intenta penetrar en los países del Este, explotando sus relaciones con Rumania y Polonia. Y, como quiera que de convertirse en realidad la tan denunciada «colusión» soviético-norteamericana, China correría un peligro de cerco, asistimos a un cauteloso condicionamiento de la administración y opinión pública norteamericanas, encandiladas con perspectivas de paz en Asia y grandes negocios con aquel país. Pero nadie —ni siquiera los políticos norteamericanos— puede perseguir dos liebres a un tiempo. El acortamiento de distancias entre Washington y Pekín provocará cierto aislamiento de la URSS. En lo que atañe al Cercano Oriente, puede inducir a un incremento de la influencia que Moscú ejerce en esa área de suma importancia estratégica. En ella, junto a los Estados árabes, está la resistencia palestina, cuya tesis de destrucción total de Israel han adoptado los chinos. Los soviéticos no y, por supuesto, tampoco los norteamericanos. Por

lo tanto, cabe pensar que si, en su viaje al Cercano Oriente, William Rogers lleva en carpeta una fórmula de paz, amañada en las negociaciones bilaterales soviético-norteamericanas, que permita a la URSS mantener sus posiciones en esa área, China puede estimar la conveniencia de emprender una lucha indirecta contra su rival explotando las posibilidades revolucionarias de la resistencia palestina, pese al quebranto que ha sufrido en su enfrentamiento con Jordania que no inmutó a la URSS.

Parece llegado el momento para China de apoyar decididamente el movimiento palestino, ya en contacto con ella, y los extremistas árabes. En esta perspectiva, la colaboración de Albania, por razones geográficas, adquiere gran importancia, aunque por ahora sólo se manifieste en forma a la vez espectacular y modesta de paseo marítimo.

LA DIPLOMACIA CHINA DEL PING-PONG

Aunque nuestro tiempo nos haya acostumbrado a encajar sin inmutarnos los hechos más insólitos y disparatados, la noticia de que un torneo mundial de ese ínfimo deporte que es el ping-pong pueda ser punto de partida de la nueva diplomacia china y de grandes alteraciones en el panorama de la política internacional presta a sonreír, no se sabe si con optimismo o con ironía. Sin embargo, más allá de cuanto tiene de espectacular el viaje a China Popular del equipo norteamericano, está la clara señal de una apertura en la muralla diplomática que China Popular alzó al iniciarse la Revolución Cultural. Asistimos, pues, a uno de los momentos políticos más importantes de la posguerra en el orden político. Lo es tanto como el cese de la guerra fría y el principio de la «coexistencia pacífica».

En realidad, para los especialistas de la prospectiva, el fenómeno no era del todo imprevisible, toda vez que, en su criterio, el mundo bipolar que en los años 60 se convirtió en tripolar constituye una estructura inestable, luego llamada a modificarse, dado que todo conflicto se produce según una estructura bipolar. Sentado este principio, quedaba por dilucidar cuáles serían en definitiva los dos vértices del triángulo que se aproximarían. Todo indicaba que la evolución de las relaciones registradas entre los Estados Unidos y la URSS en el transcurso de los diez últimos años desembocaría en un

acuerdo global o, por lo menos, en el mutuo respeto de las respectivas zonas de influencia. Las negociaciones directas soviético-norteamericanas iniciadas en 1970 para la limitación y control de las armas estratégicas nucleares y el entendimiento para imponer a árabes e israelíes el alto el fuego y negociaciones al socaire de las Naciones Unidas parecieron ser pruebas de que la obra de paciencia del acercamiento entre Moscú y Washington estaba a punto de lograr su remate. De otra parte, la firma del tratado germano-soviético, con la venia de los Estados Unidos, vino a evidenciar el propósito soviético de estabilizar la situación en Europa, es decir, de confirmar un *statu quo* que beneficia a la URSS. Tales acuerdos, más o menos tácitos y más o menos logrados, no han impedido, no obstante, que haya surgido una llamada crisis de confianza entre Moscú y Washington. Equivale a una fase negativa, preludio de otra cuyo inicio puede fijarse, sin graves riesgos de error, a la celebración del XXIV Congreso del Partido Comunista soviético.

China Popular ha sido la gran ausente de ese Congreso, a pesar de que haya estado presente en las intervenciones de Breznev y numerosos delegados de los Partidos Comunistas «hermanos», todas ellas centradas en preocupaciones de estabilidad interna y estrategia mundial. De ahí que no sea casual que China Popular haya puesto en marcha el mecanismo de la decidida apertura al mundo occidental, y singularmente a los Estados Unidos, tan pronto como cesaron los aplausos de los congresistas de Moscú. Nada de cuanto se dijo respecto a ella en el Congreso pudo cogerle desprevenida. Por lo demás, el discurso inaugural de Leonid Breznev dejó traslucir demasiado que el acercamiento soviético-norteamericano podía haber llegado a un punto tope, como lo sugirió la propuesta de una conferencia sobre el desarme de los cinco países nucleares, para que la astuta inteligencia china no viera en ello una oportunidad de influir en un cambio de la situación político-estratégica del mundo. Aún sin admitir la tesis de la tripolaridad que tiende fatalmente a la bipolaridad, existe el hecho de que China Popular está sola frente a dos enemigos potenciales, tanto en lo político como en lo ideológico: la URSS y los Estados Unidos. De esos dos vértices a los que se opone, el más peligroso es indudablemente la URSS, vecina en 7.000 kilómetros de fronteras y que está asentada en territorios asiáticos que China Popular reivindica airadamente. Pero la URSS no está dispuesta a reconsiderar su posición, como dijera sin ambages Breznev en su citado discurso inaugural. Mas como quiera que un mayor acercamiento, o «colusión» como vocifera Pekín, entre Moscú y Washington colocaría a China Popular en pésima situación, aparte de de-

sembocar en una neutralización de la influencia china en Asia y el Tercer Mundo, está en la lógica del mal menor que la diplomacia china se afane por dividir a los potenciales aliados aprovechando la menor fisura para lograr sus propósitos. Las estancadas conversaciones del SALT, debido a que tropiezan con un problema técnicamente insoluble y que sólo puede resolver la mutua confianza, la necesidad norteamericana de poner término a la guerra de Indochina, en la que China Popular es factor muy de considerar, la búsqueda de mercados por parte de los Estados Unidos y las elecciones presidenciales a la vista, son las más destacables fisuras que se le brindan a Pekín para que su sorprendente agudeza diplomática entre en acción pasando por el ping-pong. No será ésta la última sorpresa que China Popular cause al mundo.

En efecto, aunque sea sumamente prematuro lanzarse a dar categoría de hecho al amago de acercamiento entre Pekín y Washington, pues son muchos los obstáculos que se interponen entre el propósito y la realidad, en primer término China Nacionalista, es evidente que la sonrisa pekinesa ha hecho impacto en la Administración norteamericana. Sin dilaciones, el presidente Nixon ha adoptado medidas destinadas a «dulcificar las relaciones» con la China de Mao. Son favorables en particular al desarrollo del comercio ya existente a través de Hong-Kong entre China Popular y los Estados Unidos. Objetivamente consideradas, acaso tales medidas desorbiten un tanto la importancia del gesto de calculada buena voluntad de Pekín al recibir al equipo norteamericano de ping-pong. El porvenir dirá si los Estados Unidos han acertado o no con su reacción de impetuosa generosidad, que parece una renuncia a la tan proclamada posición de fuerza para negociar. Habrán acertado si, prescindiendo de la trampa de los movimiento revolucionarios a escala mundial, China Popular se aviene a jugar el juego de la «balanza de potencias», o sea, del consorcio o equilibrio internacional que colmaría los deseos de Washington de constituirlo, junto a los Estados Unidos, los dos grandes del comunismo y Japón, haciendo caso omiso de una Europa por construir. Habrían errado si el acercamiento China Popular-Estados Unidos pudiera permitir a la primera poner término a la presencia de la URSS en Asia, lo cual no sería ciertamente una garantía de seguridad para Europa, por la que se propaga una inestabilidad interior y agitación subversiva de la que, por cierto, no están tampoco a salvo los propios Estados Unidos.

CAMBIOS EN LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA ALEMANA

Huelga preguntarse si hay gato encerrado en el hecho concreto del cese de Walter Ulbricht como primer secretario del Partido Socialista Unificado de la Alemania del Este. Desde hace tiempo se tenía noticia de su quebrantada salud, extremo éste que no puede sorprender habida cuenta de su edad. Lo que sí cabe considerar con alguna atención son los motivos que han movido los dirigentes comunistas de la República Democrática Alemana a sustituirlo a la cabeza del Partido por Erich Honecker, su fiel trasunto. Aunque oficial y, al parecer, provisionalmente, Walter Ulbricht sigue desempeñando la presidencia del Consejo de Estado, todo indica que sólo de modo honorífico será jefe del Estado. Sin embargo, está todavía en condiciones físicas de presenciar esos desfiles militares del Berlín Este que provocan la enérgica y vana protesta de los mandos occidentales berlineses, como sucedió una vez más el pasado 1 de mayo. Pero en la práctica política, Erich Honecker dominará el Partido y el Estado posiblemente como los dominó su antecesor, el más doctrinario de los dirigentes del Este, el que convirtió la República Democrática en el Estado más militarista del Pacto de Varsovia y el más fiel aliado de la URSS. Es decir, que debido a la semejanza entre el antiguo y nuevo secretario, no es forzoso un cambio de orientación ni siquiera una verdadera reconsideración de una política que no facilita la solución de los problemas entre la República Federal, respaldada por el mundo occidental, y los países del Este amparados por la URSS. En efecto, es bien sabido que la ratificación del Tratado germano-soviético lo mismo que la del Tratado germano-polaco está supeditada a un acuerdo sobre la cuestión de Berlín, de la que Pankow, capital de la República Democrática es una parte, la que corresponde a la zona de ocupación soviética. No obstante, los dirigentes de la Alemania del Este se aferran a mencionar solamente a Berlín Oeste cuando se trata de negociar, viéndose apoyados en su tesis por los demás países del Pacto de Varsovia, por lo menos en principio. En lo que respecta a la URSS, también sustenta esa tesis en las conversaciones cuatripartitas, lo que crea un obstáculo casi insuperable en las negociaciones sobre Berlín que se celebran partiendo de bases distintas. Sin embargo, ese empeñarse en prescindir de Berlín Este en el diálogo de sordos sobre Berlín, apunta, según Pankow, a

la concesión a Berlín Oeste de un estatuto especial a cambio de que mejore la situación de sus habitantes y se resuelva la cuestión de los accesos a la antigua capital de Alemania. La añagaza permitiría sustraer Berlín a la influencia de la República Federal y, andando el tiempo, lo integraría en la República Democrática, que ya ocupa su cuarta parte. Este ha sido el sentido general de la política de Walter Ulbricht en la cuestión berlinesa, junto con la insistente demanda de que la República Federal y la Democrática firmarán un Pacto sobre la base de la igualdad de derechos de ambas Alemanias. No lo ha conseguido, si bien forzoso es admitir que los encuentros de Erfurt y Cassel han significado el reconocimiento *de iure* de la República Democrática.

Aunque de momento las negociaciones interalemanas no han dado señales de progresos, no se han suspendido, lo que origina una situación ambigua. Es un éxito para Pankow que sólo entre la tensión y su real relajamiento puede ir defendiendo su posición en el campo socialista, del que la República Democrática es factor fundamental mientras no haya un acuerdo entre el Este y el Oeste. De otra parte, en lo que respecta a la afirmación y supervivencia de esa República como Estado, toda concesión a la República Federal entraña un peligro para ella. De ahí la inquietud suscitada por la *Ostpolitik* de Brandt. Es evidente que desde que Willy Brandt llegó al poder, las reticencias y maniobras de Walter Ulbricht no han logrado del todo su objetivo, contrariamente a lo sucedido en 1967 cuando entorpeció el acercamiento bilateral de Bulgaria, de una parte, y de Hungría, de otra, a Bonn. A pesar de sus advertencias, Moscú y Varsovia han firmado Tratados con la República Federal y desde el pasado marzo, Praga ha iniciado negociaciones con Bonn. Es decir, que la situación que permitió a la República Democrática ser a la vez baluarte contra el «revanchismo» y avanzadilla del mundo socialista ha dejado de ser una realidad, lo cual no pretende decir que la URSS pueda o desee dar de lado a esa fiel aliada. Ciertamente, ha firmado un Tratado con Bonn, pero no la olvida, como se echa de ver en las conversaciones cuatripartitas en las que defiende el punto de vista de Pankow. Por desgracia para la URSS, la postura adoptada en la cuestión de Berlín deja en suspenso sus propósitos de celebración de la Conferencia de Seguridad Europea, pese a lo cual ni se aviene ni puede avenirse a transigir en Berlín sin la venia de la República Democrática, debido al papel que ésta desempeña en su dispositivo político-militar. De suerte que la URSS tropieza con la con-

tradicción de que la República Democrática sirve y entorpece a un tiempo su política europea.

No se puede afirmar de antemano que el cese de Walter Ulbricht ayudará a resolver tal contradicción. No hay indicios de que el nuevo dirigente de la Alemania del Este no está en la línea política de su antecesor, o sea, preocupado de conciliar la alianza con la URSS y el interés de un Estado que sólo existe por decisión unilateral de Moscú, pero que se ha convertido en hecho permanente e incuestionable para los dirigentes de la República Democrática. Por ello, sin prejuzgar del futuro, la designación de Erich Honecker no es *a priori* un factor favorable para la solución de los problemas interdependientes de Berlín, la ratificación de los Tratados entre Bonn y Moscú y Varsovia y la celebración de la Conferencia de Seguridad. Es más, acaso sea la seguridad de que el nuevo primer secretario se mantendrá tan firme como Walter Ulbricht, el motivo que haya impulsado los dirigentes de la Alemania del Este a designarlo para un puesto de tanta responsabilidad. Existen fisuras en el Pacto de Varsovia, más de las que revelan las apariencias. No es la menor de ellas las que ha originado el acercamiento a Bonn de diversos países socialistas, lo que deja a Pankow en una especie de aislamiento hurafío y lo convierte en un islote en medio de un mundo que se mueve en busca de ayudas y fórmulas para salvar sus dificultades de orden económico. Estas necesitan el parche que facilite la República Federal y, en general, Occidente, y también el asentamiento de la paz y la seguridad en Europa.

LA INTERVENCIÓN MILITAR EN TURQUÍA

La intervención directa del Ejército en la vida política de Turquía no ha constituido una sorpresa, ya que, debido a la creciente agitación registrada en ese país, estaban en peligro sus instituciones. El hecho del malestar no era reciente. De tiempo atrás, existe en Turquía una pésima situación económica cuyas lógicas consecuencias sociales han sido aprovechadas con fines políticos por grupos de izquierda y extrema izquierda para quienes tales circunstancias son la espoleta soñada para provocar un estallido revolucionario. Los graves disturbios callejeros del pasado verano en Estambul y la proclamación de la ley marcial por tres meses, parecieron señalar el inicio de una fase pre-

revolucionaria. La nueva y vertiginosa subida de los precios, originada por una devaluación brutal de la libra turca, los escándalos financieros, el fracaso del plan quinquenal de desarrollo, el paro en aumento y no resuelto por la emigración a países de la Europa occidental, la intranquilidad en el campo y los múltiples disturbios universitarios y callejeros no fueron sino exponentes de una escalada subversiva que alarmó al Ejército. En el pasado noviembre, el jefe del Estado Mayor, general Tagmac, salió a la palestra con un escrito dirigido al presidente de la República, general Sunay, reclamando que se impusiera orden en el país. En realidad, semejante escrito tenía valor de advertencia destinada al equipo gobernante, mejor dicho, inoperante. A finales de año, el general Tagmac hizo oír de nuevo su voz, juntamente, esta vez, con la del presidente de la República, para pedir a los 35 millones de turcos que se unieran en un frente nacional en defensa del orden y la patria. Desde entonces, el Gobierno Demirel tenía sus días contados, tanto más cuanto que, en el mes de diciembre, dos escisiones en el Partido de la Justicia lo privaron en la Asamblea de la confortable mayoría que le había permitido hacer mangas y capirotos y ceder a los grupos de presión que ocupaban nuevamente las posiciones de las que habían sido desalojados por el creador de la moderna Turquía. En vano Suleiman Demirel trató de alargar democráticamente la vida de su Gobierno anticipando las elecciones de 1973. Tan democrático como su proyecto electoral ha sido el manotazo del Ejército, que ha devuelto a sus domicilios particulares a los componentes del Gobierno. Han sido más afortunados que los del Gobierno Menderes, también derribado por el Ejército en mayo de 1960, que fueron enviados a la cárcel como primera providencia.

Sin embargo, entre aquella entrada en la escena política de los militares y la del 12 de marzo existe una diferencia esencial que resta carácter de golpe de Estado a la reciente acción. Se debe a que la Constitución de 1961, aprobada por referéndum, convierte al Ejército en garante de esa Constitución y de las instituciones de Turquía, y no sólo en defensor de la integridad territorial, soberanía e independencia amenazadas desde el exterior, como es el caso—exceptuando a España—en las Potencias occidentales, encajonadas en el rebasado concepto de que no hay más guerra que la clásica, o sea, la que un país o grupo de países hacen abiertamente a otro. En 1961, Turquía tuvo el acierto de precaverse contra el peligro que representa la guerra subversiva, cuya premisa es una sistemática y continuada alteración del orden público.

El nombramiento de un jefe de Gobierno civil, a la semana escasa de haber

asumido los militares la dirección del país, no significa que el Ejército se inhibe de la vida política turca. Es más, todo indica que ha tenido arte y parte en la designación de ese destacado miembro del Partido Republicano del Pueblo, hasta ahora en la oposición, que es el catedrático de Derecho Internacional Nitha Erim. En 1961, fueron las urnas las que decidieron la vuelta al poder del partido que fundara Kemal Atatürk, actualmente presidido por el anciano Ismet Inonu, su fiel compañero de combates. Es ahora el Ejército el que ha empujado al frente del país, con misión de enderezar su torcido rumbo, a un valioso representante del partido que simboliza lo esencial de la Turquía de Atatürk. Nitha Erim parece reunir las condiciones precisas para aunar voluntades después de haber constituido un Gobierno representativo de diversas tendencias, que es tanto como decir de ese frente nacional por el que abogaron el presidente de la República y el jefe del Estado Mayor en nombre del Ejército. Sin embargo, todo hace presumir que difícil es en lo interno la tarea encomendada al nuevo presidente del Consejo turco, aun con el respaldo del Ejército. En efecto, se trata de reanudar con celeridad y energía las hondas reformas acometidas por Kemal Atatürk, ello en un contexto modificado por el pasar del tiempo, lo que no permite echar mano de las fórmulas antiguas, sin más. Es preciso adaptarlas sin traicionar su espíritu, tarea acaso más ardua que innovar.

En cambio, en el ámbito exterior, no se vislumbran grandes problemas para Nitha Erim, ni tampoco la apremiante necesidad de cambiar la orientación de Turquía. De ahí lo insólito del calificativo de «pro occidental» otorgado por ciertas agencias de prensa al nuevo presidente del Consejo, cual si su acceso al poder implicara una reconsideración de la política exterior de un país donde todos los partidos, salvo el Partido Obrero, sin representación en la Asamblea, apoyan el mantenimiento de Turquía en la OTAN. Mas si con ello se apunta a la posibilidad de que Turquía vuelva a ser la incondicional avanzadilla del bloque occidental que fue en tiempos de Menderes, esquinada con su vecina la URSS y entremetida en el número árabe en provecho de terceros, puede adelantarse que no habrá tal. Nitha Erim, sus colaboradores y el Ejército son ante todo turcos preocupados por el interés de su país. Y el interés de Turquía, sobre todo en sus actuales circunstancias internas, es mantenerse en un cierto equilibrio entre bloques antagónicos, a pesar de la tensión reinante en el Cercano Oriente, tensión que constituye una amenaza para sus estrechos. De otra parte, el no resuelto conflicto de Chipre, en el que Ankara logró el apoyo de Moscú frente al «neutralismo» de sus alia-

dos de la OTAN, los Estados Unidos en primer término, no aconseja, desde un punto de vista nacional, alterar las actuales relaciones de buena vecindad con la URSS, por lo demás partícipe en el desarrollo económico de Turquía con cuantiosos créditos y técnicos. «Ser amigo de unos no significa ser enemigo de otros», escribió un periodista turco durante la segunda guerra mundial. Esta fórmula resume la prudencia realista que en materia de política exterior Kemal Atatürk enseñó a Turquía y que el nuevo equipo sabrá posiblemente aprovechar.

LA RUPTURA DE NEGOCIACIONES ENTRE FRANCIA Y ARGELIA

Iniciadas en julio de 1970 las negociaciones franco-argelinas sobre el petróleo puede resumirse en un tira y afloja en el que correspondió a Argel el tira constante y a París el constante afloja. No era, pues, imprevisible que desembocaran de momento en lo que Argel llama sin ambages una «ruptura» y París «suspensión», por empeñarse en no admitir la realidad. La situación actual se debe a una iniciativa del coronel Bumedian. En discurso pronunciado el 13 de abril ante el Congreso de Agricultores argelinos, dio por concluidas las interminables negociaciones y anunció que, con efecto retroactivo desde el 20 de marzo, el precio del barril de bruto sería de 3,60 dólares, en tanto que el Tratado de Evian de 1965 lo fijaba en 2,08 dólares. Es de señalar que el precio acordado en Teherán fue de 2,34 dólares barril y que, por los acuerdos de Trípoli, Libia se da por satisfecha con el de 3,45, aun tomando en cuenta que, por no gravitar sobre el petróleo mediterráneo los costosos fletes que encarecen el petróleo del golfo Pérsico, se le aplica la llamada «prima de Suez». A la hora de exigir, el coronel Bumedian ha ido más lejos que los dirigentes libios. A un tiempo, cifró en 100 millones de dólares, a pagar en veinticinco años y en petróleo, la indemnización de las sociedades petrolíferas francesas, nacionalizadas por decisión unilateral en un 51 por 100 el pasado 24 de febrero, cuando éstas reclaman 400 millones. Además, hizo saber que la empresa estatal Sonatrach monopolizaría las concesiones petrolíferas. Las sociedades extranjeras podrían asociarse con esta empresa, siempre que Sonatrach tuviera en ellas una participación mayoritaria. Así se redondeaban los términos de la Ley Fundamental de Hidrocarburos, firmada la víspera, que define el marco en que han de ejercer sus actividades las sociedades extran-

geras en materia de investigación y explotación, aparte de prever la nacionalización total del gas natural.

No había concluido con ello la escalada que realiza Argel desde febrero, cuyas etapas fueron singularmente el bloqueo de las cuentas bancarias de las sociedades, el pago del bruto antes del embarque y el cierre del oleoducto de Edyelé por Sonatrach. Coincidiendo con el regreso a Argel del negociador francés, señor Alphand, portador de nuevas instrucciones de su Gobierno, el 15 de abril, el Gobierno argelino conminó a las sociedades petrolíferas al pago inmediato de la contribución de 1970 y a la repatriación de la totalidad del importe de los embarques de bruto, y no ya del anterior 75,5 por 100. Cabe decir que Argel cerraba la puerta al negociador francés con doble vuelta de llave.

Lo hacía tanto más cuanto que, paralelamente a su hosco proceder con Francia, las gestiones del director de Sonatrach en los Estados Unidos iban viento en popa, una vez expuesto el criterio argelino ante la Comisión de la Energía. El 14 de abril, Sonatrach suscribía con la sociedad norteamericana «El Paso» un acuerdo relativo a la venta, escalonada en veinticinco años, de 15.000 millones de toneladas de gas natural, a partir de 1974. Como quiera que, sobre una base contractual, la exportación de gas natural interesa más a Argelia que la del petróleo, ese acuerdo es para el Gobierno argelino un éxito que, además, fortalece su posición frente a Francia, que sale debilitada del vapuleo, más en lo político que en lo económico. En efecto, Argelia sólo suministra a Francia alrededor del 18 por 100 del petróleo que consume, mientras importa de Libia el 41 por 100. Por consiguiente, la falta de petróleo argelino no podría incidir de modo decisivo en la puesta en marcha del VI Plan de Desarrollo destinado a acelerar la industrialización del país. De ahí que el Gobierno francés se desentienda de las negociaciones petrolíferas y las deje en manos de las sociedades para convertirse en mero espectador. Aunque no catastrófica, más sensible sería la amenaza del coronel Bumedian de cerrar Argelia a las importaciones de Francia, de no comprar a Francia su vino.

El golpe asestado a Francia es de otro orden. En primer término, pone en solfa la tan ponderada «cooperación ejemplar» y las pregonadas «relaciones privilegiadas» con esa «república hermana». Seguidamente, amenaza con hacer imposible el sueño de una política de concierto mediterráneo en el que Francia llevaría la batuta y que hubiese sido el contrapunto de la Europa de los Seis, cuya alta dirección con visos hegemónicos se le escapa. Para lograr

aquella meta, Francia asignó a Argelia el papel preferente de base operativa en el Magreb y el mundo árabe, al que viene mimando. De la vasta y desmenada política exterior planeada por el general De Gaulle, fracasada en lo que respecta al Mercado Común cerrado a Gran Bretaña, la misión de árbitro entre el Este y el Oeste, Canadá, Hispanoamérica y la independencia nacional en el ámbito de la defensa, sólo quedaba en pie la política mediterránea y, como complemento, la política de Francia en Africa, condicionada por sus relaciones con Argelia. Es decir que la capacidad de dañar de Argelia supera ampliamente su intrínseca importancia política y económica. Por consiguiente, no conviene a Francia acabar de esquinarla.

Ello explica y justifica que el Gobierno francés permanezca impávido. Tal se desprende de la declaración que el 20 de abril el presidente del Consejo, señor Chaban-Delmas, hizo ante la Cámara. Ignoró los desaires de Argel y, casi de entrada, abordó el tema restando importancia a hechos indiscutiblemente desagradables, para insistir en la decisión francesa de mantener la cooperación. Es la piedra de toque de la política francesa en el mundo árabe y el Africa negra. Por lo tanto, es preciso que sea una realidad en lo que a Argelia atañe. La decisión de no darse por aludido, pase lo que pase en el ámbito petrolífero, no es nueva. La sustitución del negociador señor Ortoli, que se centraba en lo económico y el petróleo, por el secretario general del Ministerio de Asuntos Exteriores, Hervé Alphand, ha permitido dar un giro político y diplomático a las negociaciones. Es más, diciendo, como se dijo, que el señor Alphand no iba a negociar, sino a considerar las posibilidades de negociación global, el Gobierno Chaban-Delmas puede dar por nula y no avenida la ruptura proclamada por Argel y hacer hincapié en una cooperación ante la que los argelinos hacen dengues. Así espera París, tal vez con excesivo optimismo, y, en todo caso, con acopio de concesiones, que se mantendrá expedito el camino que lleve a una acción concertada de los países ribereños del Mediterráneo, pero informada por Francia.

EL CONFLICTO ENTRE LOS DOS PAKISTANES

El feroz y confuso conflicto en curso entre el Pakistán occidental y el oriental no puede sorprender a nadie que recuerde las peculiaridades de la creación de ese nuevo país, tan nuevo que fue preciso inventarle un nombre.

Tal creación no fue exclusivamente obra de Gran Bretaña, si bien participó en ella ampliamente. Desde hacía años, la Liga Musulmana, que desplegaba intensa actividad en la India inglesa al margen del Partido del Congreso, abogaba en favor de una separación territorial de la comunidad islámica hindú dentro del subcontinente asiático. En agosto de 1947, coincidiendo con la independencia concedida a la India, la Liga Musulmana vio satisfechos sus deseos, a un tiempo que premiaba la colaboración de la mayoría de los musulmanes hindúes con la administración imperial británica. Con misión de convertirlos en un solo país, se otorgó a la Liga los Estados musulmanes del Noroeste de la India, comprensivos del Pendjab, y los territorios al Este y Oeste del Indo, fronterizos con Afganistán, y, al Sureste, la casi totalidad de la región del delta del Ganges. La determinación de esta última región se hizo aplicando un método reiteradamente utilizado desde la segunda guerra mundial, con pésimas consecuencias a corto o largo plazo: se echó mano de un mapa y de un tiralíneas. De suerte que, actualmente, una mitad de la antigua Bengala, cuya capital es Calcuta, es uno de los 15 Estados de la República India con el nombre de Bengala occidental, en tanto que la otra, cuya capital es Dacca, se titula oficialmente Pakistán oriental y es parte del Estado Federal pakistaní. En cuanto a Cachemira, fue cuestión que quedó y queda pendiente, cual manzana de sempiterna discordia y tensión entre el nuevo país y la República de la Unión India.

Los dos trozos que constituyen Pakistán distan entre sí 1.700 kilómetros, o sea, en línea recta, aproximadamente la distancia existente entre Madrid y Hamburgo. No es ese el único obstáculo a la «unidad de destino» que determina una nación. Si en el Pakistán occidental no existe unidad étnica, la diferencia de raza es categórica de compararla con la de los habitantes del Pakistán oriental. Tampoco existe unidad de lengua. Los pueblos pakistaníes hablan, entre otros, el sindhi, el puchlu, el bengalí. El inglés ha venido haciendo las veces de idioma nacional, aunque el Gobierno central se esforzara en imponer el urdú, que tampoco es lengua de ninguna región pakistaní. Es decir, que Pakistán carece de un factor unificador que pueda ser cimiento de una nación. Sólo hay entre esos pueblos heterogéneos y los dos trozos geográficamente distanciados y dispares por todos conceptos, el común denominador de la religión islámica. Por ello, desde que el país echó a andar, sus dirigentes han cargado el acento y hecho hincapié en este aspecto de la cuestión, a la par que han tratado de mantener estrecho contacto con el Islam de otros países, insistiendo sobre el hecho incuestionable de que Pakistán es

el mayor Estado musulmán del mundo, debido a sus 100 millones largos de habitantes. Además, se han afanado por convertirlo en amparo y refugio de los mulsumanes de cualquier lugar del globo, es decir, en Estado multirracial y teocrático. Con ello, Karachi ha tratado de salir al paso del separatismo que, desde los albores del Pakistán, estaba presente en las provincias del Noroeste y, más adelante, en el Pakistán oriental al socaire de la autonomía y alentado por los musulmanes que prefirieron seguir siendo hindúes y que suman la nada desdeñable cifra de unos 35 millones.

Dadas las circunstancias en que nació el Estado pakistaní, su puesta en marcha y desarrollo necesitaron ayudas exteriores. Destaca entre éstas la norteamericana, conjugada desde 1961 con la soviética tras la negativa de Washington de conceder un crédito de 900 millones de dólares para el plan quinquenal, que Moscú otorgó. Ahora bien, los créditos iniciales de las potencias anglosajonas a ese su único aliado en Asia meridional que es Pakistán, miembro de la SEATO y del CENTO y a la vez amigo de Moscú y Pekín, fueron destinados en primer término a constituir un fuerte ejército dispuesto a oponerse a los vecinos. A la greña con Afganistán desde su proclamación como Estado, debido a disputas fronterizas que se convirtieron en choque armado en 1955, y con la India, en razón de Cachemira, lo que motiva la estrecha amistad con China Popular que desde 1962 apoya la pretensión de Karachi de administrar gran parte de ese territorio, Pakistán estaba abocado a anteponer su defensa nacional al desarrollo económico. Cuando le llegó el turno al desarrollo económico, la región más favorecida, casi la única favorecida, ha sido Pakistán occidental, con olvido del lejano Pakistán oriental.

Tratado como pariente pobre, paupérrimo, Pakistán oriental ha hallado en su semiabandono por parte del poder central motivos para fomentar su latente autonomismo. El Chej Menjibud Rahman ha sabido formular y unificar las aspiraciones de los pakistano-bengalíes y crear con la Liga Awami un vasto movimiento con hondas raíces populares. El triunfo alcanzado en las últimas elecciones ha precipitado el salto del autonomismo a la proclamada independencia. La fuerte reacción del Gobierno de Karachi es bien conocida, pese a la sospechosa precaución de cegar las fuentes informativas. Las grandes potencias han tratado de poner término a las matanzas perpetradas en Pakistán oriental. El 9 de abril, el presidente Nixon se dirigió al jefe del Estado pakistaní, Yahia Jan, pidiendo una solución política del conflicto. Tres días antes, el presidente Podgorny había formulado una petición similar, aprovechando el silencio de Pekín, vacilante entre las excelentes relaciones

con Karachi y el principio marxista de autodeterminación de los pueblos. La conveniencia política ha derrotado la ideología y, desde hace unos días, Pekín aprueba la acción gubernamental pakistaní, pero bufando contra la India, a la que acusa de apoyo a unos insurgentes cuyo aplastamiento por las armas es evidente.

¿Cabe una solución política? No hay que descartarla, incluso aconsejada por Pekín. Un Pakistán oriental autónomo o independiente estaría atraído por Bengala occidental, del que era parte, y en la que predomina, desde las elecciones del pasado marzo, el partido comunista de obediencia china. Una gran Bengala unificada bajo la férula comunista sería un Caballo de Troya en el subcontinente asiático. Con el tiempo, podría dar al traste con el socialismo moderado de la República India.

LA INTERVENCIÓN EN LAOS

Tan lógica desde el punto de vista militar como la intervención del año pasado en Camboya, la que se inició en Laos el 8 de febrero tampoco lleva trazas de resolver el conflicto del Sureste asiático. No puede hablarse de fracaso total, pero lo confuso y contradictorio de las noticias dejan entrever que las fuerzas survietnamitas tropezaron con dificultades. No era la menor de ellas el propósito de cortar definitivamente la larga y múltiple pista Ho Chi Minh con unos 30.000 hombres, que además, lejos de implantarse en forma permanente, se están retirando. La victoria a medias de Laos sugiere la eventualidad de otras operaciones tendentes a poner en razón a los comunistas y llevarlos a negociar. Las declaraciones del vicepresidente survietnamita, general Kao Ky, y posteriormente las del Presidente Thieu no dejan lugar a dudas en cuanto al teatro de operaciones considerado: Vietnam del Norte. En términos de guerra clásica, nada puede objetarse a tales planes. Por desgracia, el conflicto que actualmente abarca toda la antigua Indochina no es una guerra clásica, sino una guerra revolucionaria. Trastueca las reglas del arte militar y reduce la importancia de los hechos bélicos. Así, la acción heroica de los combatientes que defienden hasta la muerte la posición violentamente atacada, que podrían evacuar, carece de sentido en la guerra revolucionaria. No en vano uno de los principios enunciados por Mao

Tse-tung es «replegarse ante un fuerte ataque enemigo», pero con la contrapartida del «hostigamiento y ataque ante un repliegue enemigo». Es lo que, sin duda, harán los comunistas mientras los survietnamitas se retiran a su territorio, rehuendo la estación de las lluvias en Laos. Por lo demás, el ámbito militar es sólo un aspecto de la guerra revolucionaria, que, en lo esencial, no se libra en el terreno de los combates, sino fuera de él. En efecto, la maniobra exterior es parte capital de este tipo de guerra, bien en forma de ayuda material y moral a las fuerzas revolucionarias, bien en forma de amenaza. El envío de armamento, especialistas y víveres hace tiempo que la URSS y en menor proporción China Popular lo realizan a favor del Vietcong y de Vietnam del Norte. La amenaza, sin concretar por parte de la URSS, y las medidas militares adoptadas por China Popular son factores nuevos a tomar en cuenta en la fase actual del conflicto en que parece rondar la tentación de arremeter contra Vietnam del Norte e invadirlo.

Si bien, con motivo de la intervención en Laos, la URSS lo estuvo pensando largamente antes de protestar, otra fue su reacción tan pronto como se aludió a una operación en Vietnam del Norte. Hay una razón fundamental para esta diferencia de actitud: la República Democrática de Vietnam es un país socialista que ha suscrito diversos acuerdos con Moscú, que le aporta ayuda valorada en 600 millones de dólares anuales. Moscú no ha precisado qué medidas adoptaría en caso de ataque a ese país «hermano», pero motivos obvios de alejamiento permiten descartar la intervención directa. No puede decirse otro tanto y con toda certeza de China Popular. No sólo protestó tan pronto como los survietnamitas pisaron el suelo de Laos, país fronterizo con China. La mención de un ataque a Vietnam del Norte llevó a Pekín a formular dos «advertencias» en tres días a los Estados Unidos, haciendo presente «la decisión de 800 millones de seres humanos de no quedarse de brazos cruzados». El viaje a un tiempo político y estratégico de Chou-En Lai a Hanoi, del 7 al 9 de marzo, evidencia que Pekín no descarta la posibilidad de una intervención en Vietnam del Norte, que, dijo el Secretario de la Defensa, Melvin Laird, «no se ha considerado, pero no se excluye». El hecho de que lo acompañaran el Jefe del Estado Mayor del ejército popular y el general responsable de la logística es reflejo concreto de la preocupación china por ver a los norteamericanos cerca de unas fronteras cuyas defensas se han reforzado concentrando tropas, lo que no equivale forzosamente al propósito de trasladarlas al país vecino en caso de intervención. Ello sería reducir a la ofensiva directa el margen de maniobra de China Popular. En

realidad, su capacidad de expansión revolucionaria es el máximo interrogante del conflicto vietnamita, porque existen fuerzas subversivas más o menos activas en todos los países de la frontera Sur de China. Pueden provocar una extensión del conflicto, lo que exigiría un considerable incremento de fuerzas para defender un número creciente de posiciones, siempre amenazadas por la móvil guerrilla. En tal caso, mal parada quedaría la política de «vietnamización» y retirada norteamericana.

Pero aparte de esta forma indirecta de imponer a los Estados Unidos una dispersión y multiplicación de sus esfuerzos, existe la realidad del ejército popular, por muy limitado que sea el conocimiento que se tiene de ese factor esencial de la toma del poder en 1949 y expresión armada de una ideología de la que es garante. No rebasa, al parecer, los dos millones y medio de hombres, frente a los tres millones y medio del ejército soviético; pero lo constituye lo más selecto de los 10 a 15 millones de jóvenes llamados anualmente a filas. Los no admitidos en el ejército son integrados en la milicia, que suma de 40 a 50 millones de individuos. Su misión, a retaguardia del ejército, es la protección y defensa del territorio. La fuerza de ese ejército se deriva de su movilidad táctica, adiestramiento, disciplina y excelente armamento, circunstancias ideales para una lucha defensiva, en tanto que la falta de movilidad estratégica hipoteca toda veleidad ofensiva. No supe este fallo la aviación, modesta en cantidad y calidad, aunque comprenda cierto número de Mig-19, armados con misiles aire-aire, ni tampoco la Marina, con su millar escaso de barcos de reducido tonelaje y contados submarinos de medio y largo radio de acción. Por consiguiente, puede adelantarse que China Popular no se lanzará a la aventura de enzarzarse con los Estados Unidos de no estimarse amenazada. Lo que queda por dilucidar es el criterio de Pekín en cuanto a lo tolerable y lo intolerable en orden a su seguridad. Cuando en la guerra de Corea los norteamericanos llegaron al río Yalú, los chinos intervinieron, aunque apenas si habían salido de la larga guerra contra el Japón y de su guerra civil. El resultado es bien conocido. ¿Podría ser el paralelo 17 el río Yalú de la guerra de Vietnam? En la cuestión está en juego no tanto la seguridad de China como su prestigio frente a los países potencialmente revolucionarios, que para Pekín son todos los países del mundo. Ello introduce en la situación el factor pasional, que aparece como una insoslayable constante en cuantas guerras registra la Historia.

LIUDPRANDO

